

que se nos presenta) buscando desentrañar el trazo justo y sobrio, casi siempre fugaz y escurridizo, que ha captado, en sus inquisitivas redes, la observación ocular.

Se comprende, desde luego, que esta pretensa «inseguridad» es más bien originada por un excesivo celo «realista», que se muestra inconforme con adulteraciones nimias que a otros ojos, menos acuciosos, pasarían sin ser percibidas, que por una vituperable incapacidad técnica, de elemental dibujo.

* *

Rodríguez tiene por maestro predilecto al gran caricaturista García Cabral, de México.

Ama en el dibujante mexicano la seguridad, la fuerza, la jugosidad del dibujo de medio tono. En el lineal, le asombra o le incita a emulación lo desenvuelto, lo humorísticamente exacto de los trazos. En las «tricomías», (pués no lo conoce sino a través de reproducciones de revistas extranjeras), elogia la elegancia firme, unida al pulcro sentido del color, la sabia combinación de los tonos adunada a la íntima correspondencia de las sombras, de los reflejos, de los cambiantes matices que juegan sobre el dibujo garrido, fuerte por lo seguro y por lo claro.

A Sirio, el caricaturista cubano de las revistas madrileñas, le admira por el certero humor de sus estilizaciones tan personales, tan audaces, tan pulcramente deformantes.

Su «maestro» de caricatura, en verdad, no podría fijarse. Tanto como los anteriores, Sem, Fresno, Blix, en Europa, Alonso, Massaguer, y Málaga Grenet, en América le han enseñado algo. Respecto a Bagaría, su opinión es desfavorable. No gusta de esa caricatura «estilizante» (muy culta para decirlo entre nosotros) en demasía alambicada; es decir, en dibujo más quiere el «realismo», en su luminosidad humorística, a esas oscuras y trezadas líneas de un «intelectualismo» gráfico.

* *

No terminaría gustoso estas notas, sino me refiriera, aunque someramente, a las muy claras y marcadas condiciones de pintor que hay en nuestro amigo Rodríguez. Su cultura «visual», su conocimiento de cuadros célebres clásicos y modernos, su familiaridad en la estimación de los más diversos estilos de numerosos maestros picturales, siempre a través de revistas extranjeras, le han proporcionado alas a su secreto deseo de «dedicarse a la pintura», como él mismo expresa.

Quiera su voluntad de artista sincero, perseverar en su vocación pris-

tina, para que gocemos de sus obras airoas y nerviosamente elegantes y espirituales.

ANTONIO ZELAYA.

S. J. de Costa Rica.

José Martí...

(Viene de la página 88).

zación de los cabecillas. Un altar de la República: la Virgen de gorro frigio y el tercer mago redimido de sus cadenas. Os aseguro que no sería ridículo. Lo que hoy parece envejecido y oxidado, ese frenesí de libertad de los abuelos, esa sublime inmolación de prebendas para que el negro y el indio pudieran comer en la mesa de todos, lo comprendemos mejor, merced a Martí, que ha rejuvenecido los tropos republicanos. Los ha rejuvenecido, por su genio, el mejor poeta de la oratoria castellana.

Su anhelante frase embriaga como el alcohol mezclado con pólvora que beben los soldados en la batalla. Se descoyunta por las exigencias del raptó lírico, se colora con humaredas de poniente y, en su delirio verbal, continúa el jadeo del galope. Nadie meditó así peleando; nadie luchó así con el fusil apuntando a la tierra pero los ojos al infinito. El panorama lírico de Martí resume las nubes del cielo y los enemigos del horizonte. A sus pies está la Isla de miel con sus carrizos dorados y la piña y la palma y el arcoiris de los guacamayos. Parece que no pudiera pedírsele sino pindárico desorden cuando de pronto, en la orilla, sofrena a su caballo y, con el sombrero de libertador, saluda al mar. Así le ve la imaginación en el futuro zócalo de bronce, ya serenado por los siglos, con toda su prole americana abajo. Está la mano en alto ofreciendo el tirso a los dioscuros; pero la espuma del potro se junta con la espuma salada. Todo fué, para el arábigo jinete, una fantasía de pólvora. Tu sabes, Caballero latino, sofrenar el delirio cuando quieres, para escuchar en el ritmo gemelo de tus venas y el mar, tu alma sólo comparable al abismo.

V. GARCÍA CALDERÓN

(Cuba Contemporánea, Habana).

La política que marcan los pueblos

El Mundo al Día publicó ayer el siguiente editorial, sobre el cual queremos llamar la atención:

«Los Estados Unidos, por boca del Secretario Hughes, han proclamado con franqueza que están resueltos a

impedir que los pueblos de América del Sur acudan al arbitrio de la fuerza en sus controversias políticas.

«Estas declaraciones las ha hecho el Secretario Hughes en un discurso que pronunció para justificar el apoyo de los Estados Unidos al Gobierno del General Obregón.

«El argumento capital del discurso de Mr. Hughes se encuentra en estas palabras, reproducidas con grandes títulos en los principales rotativos del mundo:

«La negativa a prestar ayuda al gobierno establecido hubiera puesto nuestra influencia moral al lado de los que estaban alterando la paz y el orden en México, y hubiéramos incurrido en una grave responsabilidad por los desórdenes subsiguientes.»

«Es conveniente no olvidar que el Gobierno de los Estados Unidos considera como un deber ineludible el prestar apoyo a los gobiernos de Sud América donde estallen revoluciones políticas. Además hay que pensar en que esta ayuda no deja de tener sus consecuencias y su precio.

«Las declaraciones del Secretario Hughes sobre la política internacional, en lo que a este Hemisferio se refieren, son un precioso breviario de prudencia que nos convendría consultar de cuando en cuando. Las palabras de Hughes debían ser nuestro LIBRO DE HORAS.»

Los hechos de que da cuenta el editorial anterior, porque se trata de hechos y no de conjeturas, no pueden ser más sugestivos ni tener mayor trascendencia. No se trata de meras palabras, sino de una política que acaba de tener realización cumplida en México, donde el Gobierno, con el apoyo efectivo, moral y material, de los Estados Unidos, debeló en tres meses una revolución poderosa que pareció en sus primeros ocho días casi invencible, y que principió adueñándose del primer puerto de la Nación, de toda la marina de guerra y de dos de los Estados más importantes, y contando con gran parte del ejército. Todo eso fracasó ante la actitud del Gobierno de Washington, que suministrando rápidamente elementos y dinero, armas y municiones, dió a las tropas del General Obregón una aplastante superioridad y decidió la lucha.

Y con sobra de tino apunta el colega una de las consecuencias de esa ayuda: que no es gratuita y tendrá, en una u otra forma, su precio. Principia en forma de solapada intervención, que no otra cosa es el apoyo a una de las fracciones contendoras, y como se inclina siempre, por sistema, en favor del Gobierno, a ese Gobierno acudirá en demanda de compensaciones por